

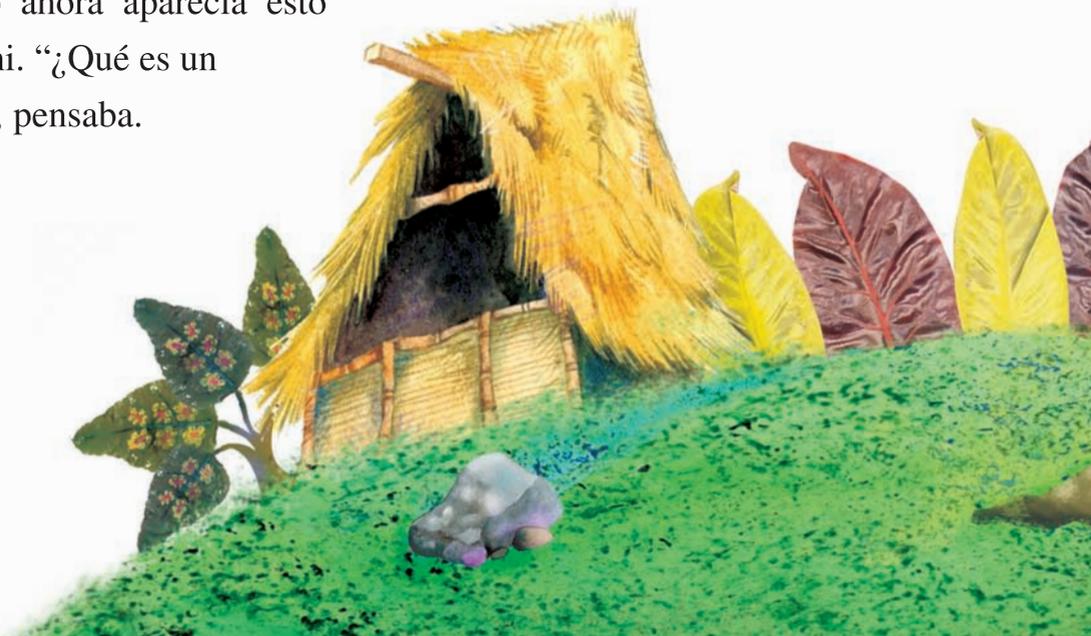
INQUIETUD

—Pátiro, pítetí, mávati, pitepágeti, tsonkavakóaka,—contaba Kóshiri con seguridad—: ¡Továiti, továiti, továiti kapeshi!

Chicucha escuchaba admirado y pensaba: “¿Será verdad o mentira? ¿Acaso me está engañando? Dice que ha visto uno, dos, tres, cuatro, cinco, todos, muchos, hartos kapeshi. Pero, ¿qué es un kapeshi?”.

Algo raro. Otra cosa nueva. Estos últimos meses habían sido de mucho aprender y aprender, todos los días. Ya sabía contar como los hermanos machiyengas, del uno al cinco. Del uno al cinco, nada más, porque así cuentan ellos.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Cuando hay más de cinco dicen mucho, todo, harto: ‘továiti’. Ya sabía muchas cosas más, pero ahora aparecía esto del kapeshi. “¿Qué es un kapeshi?”, pensaba.





—Kóshiri, ¿cómo es un kapeshi? —preguntó Chicucha.

—Ojojy —le contestó su amigo—, tú no sabes nada. Kapeshi es un oso. Es del tamaño de un perro de patas cortas. Su hocico es largo y en la punta tiene su nariz negra, para arriba. Es de color marrón y sus ojos son como dos bolitas. Su cola es con rayas amarillas. Tiene hartos dientes, filudos, y come huevos, gallinas, gusanos, ranas, papaya, plátano, todo, todo.

—¿Y dónde vive?

—Allá, pues, en el monte, arriba de los árboles. Hartos hay.

—¿Y se puede criar?

—Claro, como perrito se cría, solo que es muy travieso y no respeta.

—¿Sí?

—Así, tú estás comiendo y ¡juá! te arrancha la comida, se trepa, nomás, por tu cuerpo. Rompe todo lo que encuentra y se sube y se baja por todas las cosas.

“¡Chicucha, Chicucha!”, se escuchó a lo lejos. Era su papá llamándolo para ir a bañarse al río.

—Me voy. Papá está llamando. Después hablamos —dijo Chicucha, y se alejó corriendo.



Ya en el río, Chicucha conversaba con su papá.

—Papá, ¿tú has visto alguna vez un kapeshi?

—¿Un qué?

—Un kapeshi.

—La verdad, no sé qué es.

—Mira —dijo Chicucha—, es un animal. Y agarrando una varita comenzó a dibujar en la arena. Una cara, una nariz hacia arriba, un cuerpo como de perro y una cola gruesa, a rayas —según lo que imaginaba y le había dicho Kóshiri.

El papá, mirando atento el dibujo, exclamó:

—¡Ya sé qué es! Lo he visto en un libro. Le llaman ‘coati’.

—¡Ah! ¿Y se puede criar en casa?

—Creo que no... No.

—Pero Kóshiri dice que sí.

—Pero yo te digo que no. Te explico. Los animales del monte viven en el monte. Allí comen, duermen, juegan, tienen todo. Esa es su vida. Son libres. Si tú los sacas del monte, sufren. Se ponen nerviosos y a veces atacan. Además, hay que atrapar a las crías. ¿Tú crees que su mamá, su papá, sus hermanos, van a dejar que se los lleven? ¿Ah? Y, además, el monte es muy peligroso. Ellos viven adentro, muy adentro. No es tan fácil como criar gallinas o patos.

En silencio, Chicucha comenzó a bañarse, pero decía bajito: “Yo quiero tener un kapeshi, yo voy a coger un kapeshi”.

